

## LA GUERRA EUROPEA

### CONFERENCIA EN LA CATEDRAL DE BOGOTÁ

El Ilustrísimo Señor Arzobispo, mi prelado, ha querido confiarme una vez más el honroso encargo de predicar a nombre suyo, en esta catedral, los sermones de cuaresma ; y he determinado que me sirva de tema para ellos la primera, luminosa encíclica de nuestro Padre Santo el Sumo Pontífice Benedicto XV.

“ Apenas elevado, por inescrutable, providencial designio, a la cátedra del Príncipe de los apóstoles, tendió una mirada llena de caridad encendidísima al rebaño innumerable confiado a su guarda, y compuesto, por una u otra razón, de todos los habitantes de la tierra, librados, sin excepción, de la esclavitud del pecado por Jesucristo, redimidos con su preciosa sangre.” Abarcó “ desde la cumbre de la dignidad apostólica la triste situación de la sociedad civil, y se conmovió con acerbo dolor su corazón de padre ante el espectáculo que presenta Europa, y con ella el mundo entero ; cuadro el más atroz y luctuoso que ha registrado quizás la historia de todos los siglos.” Porque “ poderosas y opulentas son las naciones que combaten ; y por lo tanto, ¿ qué extraño será, que bien provistas de los horribos medios inventados por la moderna arte militar, se esfuercen en destruirse mutuamente con refinada crueldad ? Ya no tienen límites las ruinas y matanzas, y cada día se empapa la tierra en nueva sangre, y se llena de cadáveres y heridos... Aumenta sin medida, de hora en hora, el número de viudas y de huérfanos ; se paraliza, por falta de comunicaciones, el comercio ; hállanse abandonados los campos y suspendidas las artes ; se encuentran en la estrechez los ricos, en la miseria los pobres, en el luto todos.” En los pasados tiempos pugnaban entre sí dos naciones ; en los presentes, casi todas las del antiguo mundo ; antes se contaban los soldados por miles, ahora por millones ; ayer se combatía en tierra y en la superficie de las aguas ; hoy, además, bajo el suelo, en los aires, en las profundidades de los mares.



Pasa en seguida el Papa, de los males visibles que dan muerte a los cuerpos a otros, no patentes a los sentidos y que asesinan las almas, y que acaso, en los planes de la divina justicia, hayan sido los generadores de la guerra: "la ausencia de amor mutuo en la comunicación entre los hombres, el desprecio de la autoridad de los que gobiernan, la injusta lucha entre las diversas clases sociales, el ansia ardiente de los bienes pasajeros y caducos." Aquí tenéis el asunto de mis pláticas en el presente año.

En el día de hoy, en que la madre Iglesia nos cubre la cabeza de ceniza para recordarnos que polvo somos y en polvo hemos de convertirnos, y nos exhorta al arrepentimiento de las culpas, quiero dictaros las amargas pero salutíferas lecciones que de la guerra se desprenden. No esperéis, ni temáis que os exponga las causas inmediatas del conflicto, ni la razón y justicia que acompañen a una u otra de las potencias contendoras, ni el probable triunfo de ésta o aquella, ni las consecuencias que de todo ello se deriven. Deseo, Dios mediante, situarme más arriba, en la cumbre caritativa y serena desde donde el infalible Vicario de Cristo nos enseña.

\* \* \*

Dios, necesario y eterno, creó en el tiempo, por un acto libre de su voluntad, el universo, compuesto de entes visibles e invisibles, para comunicar por amor, aunque sólo de un modo analógico, a otros seres sus perfecciones y su felicidad. Innumerables son los que brotaron de la nada al soplo del querer divino, desde el grano de polvo que se oculta en las lobregueces del seno de la tierra, hasta los ángeles, que son los lumináres del empíreo. Para que tantas y tan diversas criaturas se enderecen todas a un fin común, preciso es que cada una ocupe su lugar, desempeñe su papel, y que estén sometidas las unas a las otras. Esta conveniente disposición es lo que se apellida *el orden*.

El del universo es verdaderamente portentoso. Sobre ello han escrito páginas y libros inmortales mu-

chos teólogos y filósofos, naturalistas y poetas, gentiles y cristianos. Todas las criaturas se hallan colocadas en amplísima escala de perfección, que va de lo máximo a lo ínfimo; y cada grupo de seres, género o especie, tiene un atributo esencial común con la entidad que precede, y otro con la que inmediatamente lo sigue. Así, el vegetal existe como los minerales y vive como los brutos; el animal vegeta a par de la planta y siente como el hombre; y el hombre posee sensibilidad a modo de las bestias, y entendimiento y libre voluntad como los ángeles del cielo. Los seres inferiores se hallan subordinados a los superiores, y todos se prestan mutuo auxilio para su conservación y desarrollo. La tierra se abre las venas para que corran por ellas las fuentes y los ríos, y encierra en su seno la inmensidad de los mares; y las aguas agradecidas le infunden gérmenes de vida, la visten de frondas y la coronan de flores. Y así de las demás criaturas. Sobre todas las corporales está el hombre, rey de la creación; y en él también puso Dios un orden perfectísimo, porque los sentidos exteriores obedecen a los internos, los apetitos sensibles a la voluntad, ésta al entendimiento, y la razón humana tiene por norma la verdad, que es impresión en las cosas de los ideales inmutables de la mente divina.

Cuando impera el orden entre diversos seres, todos se mueven en sus órbitas respectivas, sin estorbarse mutuamente, sin esfuerzo ni ruido, como las piezas de una máquina perfecta, y reina entonces tranquilidad absoluta. La tranquilidad del orden, dice San Agustín, es la *paz*, bién soberano que Cristo vino a traer a la tierra, que anhelaron los ángeles, sobre el pesebre de Belén, para los hombres de buena voluntad.

Rompió el pecado original el orden que reinaba entre las humanas potencias, porque la vista del fruto vedado dominó al apetito; el antojo logró sobreponerse a la voluntad; el querer no se conformó a la recta razón; y el entendimiento creyó más a la falacia del tentador que al oráculo divino. Como el hombre se rebeló con-



tra Dios, su dueño y monarca supremo, las criaturas se pronunciaron contra el hombre, su rey; y sobrevinieron las inundaciones y las sequías, el terremoto, la tempestad, el incendio; las torturas del hambre y los tormentos de la hartura; enfermedades, que enflaquecen el cuerpo; concupiscencia, torcedora del apetito; odio y envidia, que son cáncer de la voluntad; ignorancia, tinieblas de la mente. Y para remate de tantos males, el que es cifra y compendio de todos: la muerte.

Al ver la Paz quebrantado el orden, que es su asiento, abrió las alas y se alejó gimiendo del mundo y tendió el vuelo al seno de Dios, de donde había venido.

Los infortunios todos son consecuencia remota y juntamente castigo del pecado original, agravado hora por hora con las culpas personales, que retienen la mancha de Adán, que ensanchan y que ahondan el abismo entre el Criador y la criatura. Unos males: el rayo, que mata y devora; el terremoto, generador de muertes y ruinas; la tempestad, que hunde y derriba, no provienen inmediatamente de la malicia humana; al contrario del incendio intencional, del asesinato leve, de la infame estafa, de las enfermedades generadas por los vicios impuros, de los horrores de la rebelión—nunca lícita—contra las autoridades legítimamente constituidas.

Si llamamos guerra, en el significado genérico, a la ausencia de la paz, guerra son todos los males, físicos, intelectuales y morales que afligen al universo. Pero, en sentido estricto, se apellida así el conflicto armado entre dos o más potencias soberanas.

Al modo que dos nubes cargadas de electricidades contrarias, al tocarse, generan el rayo y llenan la esfera con el retumbo del trueno, así la injusticia de una nación y la razón de otra, cuando ambas luchadoras son fuertes, producen la catástrofe de la guerra. Es ella quizá el mayor de los castigos del pecado: las demás desgracias dan muerte a los cuerpos, pero acercan las almas a Dios; la guerra enciende los odios, enardece las pasiones, incita a la crueldad y mata juntamente los

cuerpos y las almas. Por tal razón, David, puesto a elegir entre la peste, el hambre y la guerra para el pueblo de Israel, optó por la primera.

Ocasión de las guerras son las ambiciones de dominio, de expansión territorial, de glorias militares; la codicia insana de riquezas, el ansia por vengar pretéritas injurias y reveses. Son los soberanos quienes, en apariencia, declaran o aceptan el bélico certamen; pero no hay que olvidar que si los gobernantes son directores de los pueblos, a su turno son dirigidos por ellos. Todo gobierno, a la larga, es eco del querer de la nación; y cuando un país sano, está temporalmente regido por inicuos mandatarios, se debe a la inercia o a las internas divisiones de los buenos.

La iniquidad produce la guerra, la inocencia la acepta, y Dios, que saca milagrosamente bien de los males, la emplea como instrumento de su justicia y su misericordia. Toda culpa necesita sanción. No siempre los individuos reciben el merecido de sus actos en la vida presente, porque hay otra futura para ellos; pero las naciones no tienen existencia de ultratumba, ni cielo, purgatorio e infierno. Todos los países de la tierra, aun los que están separados del teatro de combate por continentes y mares, están padeciendo más o menos de resultados del conflicto europeo. ¿No han renegado oficialmente casi todas las naciones, de la Iglesia católica? Unas yacen en las abominaciones gentílicas; fautoras son éstas de la herejía, aquéllas del cisma; las de más acá, de la incredulidad más cruda. ¡Qué pocas no se han teñido las manos en sangre de mártires; no han poblado las cárceles de sacerdotes y de obispos; no los han enviado a comer el pan mojado en lágrimas del desterrado de la patria! Esas mismas naciones y las que no se han divorciado de la fe, se han dejado invadir de la infecta epidemia moral que desató sobre el mundo las aguas del diluvio universal, e hizo llover fuego del cielo sobre Pentápolis nefanda.

Y tantas almas puras, y tantos castos y fervorosos católicos, y las vírgenes y los niños inocentes, y las mu-



jeros fuertes, y los abnegados campeones de la fe, y los religiosos austeros, y los sacerdotes ejemplares, ¿también son víctimas de ajenas culpas, de pecados que ellos combaten y deploran? El Señor, infinitamente sabio, hace de una misma sustancia veneno y medicina; castigo para los malos, prueba y ocasión de merecer para los buenos. No hay hijo de Adán, con excepción de Cristo—que también es Hijo unigénito del Padre,—y de su Madre inmaculada, exento en absoluto de culpa. La guerra es para los justos título para librarse de las penas del purgatorio, ocasión de méritos, aumento de gloria, palma del martirio; no del fácil de llevar que atormenta el cuerpo, sino del otro más tremendo que hiere el corazón y le hace sudar sangre gota a gota.

Dejadme que consagre aquí un recuerdo a dos de esos cristianos probados por la guerra y muertos recientemente: el padre Francisco Javier Wernz, de nación alemana, general de la Compañía de Jesús, religioso ejemplarísimo, modelo de gobernantes, príncipe de los canonistas modernos; y el conde Alberto de Mun, ciudadano francés, escritor y orador sin rival, hijo y campeón de la Sede Romana, de los que entendieron y obedecieron a León XIII, patriota a toda prueba. Los dos se habrán dado el ósculo fraternal en el cielo, y, conocedores de los designios divinos, no pedirán ya el triunfo de esta o aquella potencia, sino que su ruego será éste: “Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, concédeles la paz; venga a los hombres el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.”

La guerra, que es medio de castigo, es conducto de misericordia; factora de ruinas, es, por divino portentoso, instrumento de progreso. Las conquistas de Alejandro llevaron al oriente la civilización helénica; las rapiñas romanas crearon un mundo hemogéneo, favorable a la difusión del cristianismo; las irrupciones bárbaras produjeron las nacionalidades modernas; la conquista de Constantinopla por los turcos trajo a Italia a los prófugos griegos, que dieron cima al renacimiento

de las letras y las artes. Y espero, mejor dicho, sé, que de la presente guerra saldrá un mundo nuevo, mejor que el de hoy. La victoria final no será de alguno de los pueblos europeos; será de la Iglesia Romana; como vencedor no figurará en la historia el nombre de ninguno de los beligerantes, sino el de Benedicto XV.

Nuestro deber, en la hora presente, para conformarnos con el Evangelio, con los mandatos del Vicario de Dios, es rogar ahincadamente por la paz, ofreciendo por ella oraciones y súplicas, buenas obras y sacrificios. ¡Hermanos! se trata de millares de madres que pierden los hijos de su amor, de miles de viudas, de innumerables huerfanitos; de tantas almas que desde el purgatorio solicitan nuestras plegarias. Clamad, como la Iglesia en el sacrificio de la misa: *Da propitius pacem in diebus nostris! Ecclesiam tuam pacificare digneris! Agnus Dei, dona nobis pacem! Fidelium animae requiescant in pace!*

De todas las naciones del mundo una de las que menos ha sufrido con motivo de la guerra europea—y eso que ha padecido mucho—es Colombia. Debemos, por esa predilección, infinitas gracias al Señor. Nuestra patria reconoce oficialmente a Dios, como fuente suprema de toda autoridad; a la Iglesia, como madre fecunda de la civilización, como esencial elemento del orden social; cultiva con ella amistosas relaciones y tiene organizada la instrucción pública, de acuerdo con las doctrinas y prácticas católicas. Pero una nación no es cristiana a carta cabal, sólo con que las leyes y los gobernantes acaten a Cristo y a su Iglesia: se requiere, además, que los ciudadanos piensen y vivan conforme a las enseñanzas y preceptos divinos.

Todo cuanto somos y tenemos, lo hemos recibido de Europa: en lo material, desde los primitivos instrumentos agrícolas y fabriles traídos por los colonos españoles, hasta los portentos del vapor y de la electricidad que hoy llenan nuestro suelo; en lo intelectual, empezando por la enseñanza oral del castellano dada



por los misioneros, y terminando por los libros y los maestros que han hecho de Bogotá la Atenas suramericana ; en lo moral, desde la enseñanza del decálogo en las reducciones indígenas, hasta los milagros de celo que están cumpliendo hoy las órdenes y asociaciones religiosas.

Mas, a par de tantos bienes, de allá nos llegan también errores y vicios y gérmenes de ruina ; teorías y sistemas anticristianos y aun absurdos, dañadas prácticas políticas, libros y revistas y periódicos perversos ; espectáculos, modas y costumbres inmorales. Si participamos de las culpas, ¿ por qué no del castigo merecido ?

Si la ola de fango que ha empezado a invadirnos llega a inficionar parte considerable de la nación colombiana, ¿ quién sabe si Dios no desatará sobre nosotros azote semejante al que hoy aflige al Viejo Continente ! Responderéis acaso que la paz está firmemente asentada en esta patria. Así pensaban en Europa hace dos años. Y, por ventura, ¿ no tiene el Señor más castigo que la guerra ? La hermosa Italia quedó libre del conflicto armado, y Dios mostró que sabe derribar ciudades sin necesidad de cañones y matar miles de hombres sin bayonetas ni fusiles.

La santa cuaresma es, como dice el apóstol, *tiempo aceptable, día de salvación*. Como manda Joel profeta en la epístola de la misa de hoy : “ convertíos al Señor, de todo vuestro corazón, con ayunos, con lágrimas, con gemidos ; rasgad vuestros corazones y no vuestras vestiduras. Lloren entre el vestíbulo y el altar los sacerdotes y digan : Señor, perdóna a tu pueblo y no abandones al oprobio la herencia tuya ; no sea que las naciones gentiles tengan pretexto para decir : ¿ en dónde está su Dios ? ” (1)

R. M. CARRASQUILLA

Febrero, 1915.

(1) JOEL. Cap. II, v. 12, 17.

## REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO—FILOSOFÍA—CIENCIAS.  
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 20

Suscripción por año (adelantada)..... 180

Número atrasado..... 30

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don CARLOS UCRÓS, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.



Archivo  
Histórico